



PENSAMIENTOS ACERCA DE LA CONSTRUCCIÓN DE LA MASCULINIDAD

JUAN JOSÉ PAZ SERRANO





uando vi la Hummer en el parqueadero de Carulla, mi mente comenzó a inundarse de imágenes sobre la posible apariencia del dueño de semejante vehículo. Algunas incluían hombres altos y con tatuajes, otras eran de hombres con predisposición violenta, hombres de baja estatura, o simplemente hombres a los que les gustan los vehículos de gran tamaño. Pero todas estas imágenes tenían algo en común: hombres. Darme cuenta de que era muy difícil imaginarme a una mujer como la dueña de una Hummer, me llevó a reflexionar sobre el porqué de la imposibilidad de este ejercicio de imaginación.

Creo que en la cultura occidental, bajo la cual se rigen nuestras vidas, tendemos a vincular nuestras identidades con nuestras posesiones. Lo que tenemos, dónde vivimos, lo que vestimos y, en este caso, lo que conducimos, define quienes somos, o, por lo menos, como queremos que se nos perciba desde afuera. Por otra parte, la sociedad tiene diferentes expectativas para los niños y las niñas, expectativas que demandan que tanto los unos como los otros actúen de manera diferente, en ocasiones incluso, de manera antagónica.

Todo esto me lleva a pensar en la construcción de género en nuestra cultura, sobre todo en la construcción de mi propio género, de mi masculinidad. No me considero un hombre tradicional. No me gusta el fútbol ni la cerveza, nunca he tenido una pelea a puños, la mayoría de mis amigos son mujeres, tengo más de tres cosas rosadas en mi closet y, por favor no reaccionen fuertemente, de niño jugué con las Barbies. Estos y otros aspectos, tanto materiales como personales, les sirvieron de pretexto a otros (en su mayoría compañeros de colegio) para decirme que “no soy un hombre”, que “me porto como niña”, que “debo ser gay” y a muchas otras conclusiones a las que llegaron siguiendo el método científico occidental que mencioné anteriormente. Pero hay un problema: yo me siento hombre y pienso que me comporte como uno.

Pero mis experiencias cotidianas, particularmente las nuevas, siempre se ven enmarcadas por esas aseveraciones que he escrito más arriba. Recuerdo un día en mi segundo semestre de la universidad en el que una de mis compañeras por fin acumuló el coraje suficiente para preguntarme sobre mi orientación sexual. Yo, por

“...UN MUNDO SOCIAL TAN CAMBIANTE EXIGE QUE PENSEMOS EN FORMAS MÁS DIVERSAS DE DEFINIR TANTO LO MASCULINO COMO LO FEMENINO”.

supuesto, le dije la verdad. Ante su cara de ligera perplejidad, decidí preguntarle por qué se sorprendía tanto de mi respuesta, a lo que ella contestó con otra pregunta, una que frecuentemente me han hecho: “¿por qué no te molesta que te lo haya preguntado?” Esta vez contesté algo diferente de lo que solía responder cuando me hacían esa pregunta: “Es que no me parece que me deba molestar, no me parece un insulto que preguntes si te surge la duda”. No me parece un insulto porque para mis padres no lo es y porque dentro del sistema de valores en el que crecí las preferencias de un individuo no se ven como una amenaza.

Los principales escenarios en los que construí mi identidad de género, —mí mascu-

linidad— fueron los responsables de cómo me comporto, de muchos de mis intereses y generaron todos esos tipos de comentarios molestos de los que alguna vez he sido víctima. Ahora veo que no soy un hombre “tradicional” porque las expectativas más estereotipadas (esas que la sociedad exige de los hombres) no fueron las que mi familia, la clase social en la que crecí o mis maestros del colegio me transmitieron. De ellos aprendí que para ser un “hombre verdadero” no debía darme puños en la calle, ni tampoco debía ver y tratar a las mujeres como seres inferiores, o creer que no tengo derecho a que me guste la moda, ni mucho menos a usar prendas rosadas.

Tal vez estoy siendo injusto. No todos los hombres con familias que les hayan transmitido valores más “tradicionales” o diferentes a los que heredé deben necesariamente representar el arquetipo de “macho dominante”, que tanto parece apreciar nuestra cultura. Esta última idea me lleva a concluir que no creo en *una* masculinidad, o en una sola forma de ser hombre. Creo en *mí* masculinidad, en la de mi vecino o en la de mis compañeros de clase; creo en las masculinidades individuales, tan variadas como lo son los escenarios en los que se construyeron. Pienso que un mundo social tan cambiante exige que pensemos en formas más diversas para definir tanto lo masculino como lo femenino.



Juan José Paz Serrano

Estudiante de psicología. Amante de la equitación y la naturaleza; fanático del mar y de un buen libro. Este texto fue escrito para el curso electivo en Humanidades (Icesi) *Crónicas de viajeros*.